



Natalia Leiva, por los márgenes de la realidad

José Eduardo Tornay, fotografías de Natalia Leiva

En este texto llamaremos hermosura al efecto que causan las cosas reales cuando las percibimos como si fuéramos capaces de incorporarnos a ellas, como si participáramos de su esencia, y llamaremos arte a la capacidad que tienen algunas personas de conducirnos a la percepción de tal efecto.

Estábamos citados con Natalia Leiva en una parada de autobuses frente al mar, el lugar de su ciudad, Algeciras, que ella eligió. En la cafetería próxima nos cuenta su trayectoria. Trabajó como comercial de concesionarios de automóviles y vehículos industriales durante muchos años. Considera que allí aprendió a escuchar, a interesarse por las vidas ajenas. Dejó esa actividad para dedicarse a aprender fotografía. No para practicarla porque, aunque reconoce que siempre tuvo esa inquietud, se sentía incapaz de conseguir buenas imágenes, no sólo porque no dominara la tecnología o la técnica sino porque ni siquiera estaba segura de qué quería conseguir. Por eso se inscribió en los cursos de iniciación del colectivo fotográfico algecireño Ufca, donde el entusiasmo de Alberto Galán le confirmó tanto ese deseo que, consciente de sus limitaciones, tuvo que repetir el curso hasta que aclaró algunas ideas. En sus propias palabras, disfrutaba más viendo fotografías que haciéndolas.

Allí aprendió a admirar la obra onírica y singularísima de Alexis Torres y sintió muy próximos los proyectos de Blanca Morales, su documentalismo poético, pronto convertida en maestra local. Lue-

go, en la misma asociación, continuó formándose en cursos avanzados de la mano de profesores de prestigio como Ricky Dávila, Ricardo Cases, Tiago da Cruz, Nacho Gabrielli, Juanan Requena o Carlos Canal. Pero la atrajo particularmente la escuela de Juan Valbuena, fotógrafo documentalista, que impartió el taller “Haciendo libros”. Entonces confirmó que ese era el camino que quería seguir: ser testigo de algún tipo de realidad, profundizar en ella, desvelarla, y se ofreció para colaborar con Valbuena, de quien fue asistente durante varios años. Aunque admite que todavía debe seguir formándose –y este mismo año realizará un Master de Fotografía Documental, “Aquí y Ahora”, en la Escuela LENS de Madrid– ya tenía las herramientas necesarias para abordar sus primeros trabajos. En 2017 participó en una muestra colectiva, “Tránsitos”, sobre los conceptos de identidad y territorio en el Estrecho, que patrocinó el Puerto de su ciudad.

En ese contexto se sumó al curso “Proyecto personal”, que le permitió perfilar más su propósito: acudiría regularmente a un bar de los llamados bajos fondos de Algeciras, aledaños del puerto, hasta convertirse en una habitual de su ambiente. Ideó su primer gran proyecto: “Miénteme, dime que me quieres”, como resultado del cual obtuvo una Beca del Seminario de Fotoperiodismo de Albarracín (Teruel), que le permitió a su vez abordar el segundo, “Polvo eres”.



Hace años, en Granada, calle Cristo de la Yedra, me convertí en habitual de un bar de tapas y copas en el que todas las libertades tenían cobijo y todas se entreveraban. La titular del negocio que le daba nombre, Pura, me solía contar que era viuda de un maquinista ferroviario y que muchas veces, años 60 y 70, acompañaba a su marido en los trayectos a Algeciras. Allí pasaban la noche no sólo por obligación sino por devoción, porque le parecía un lugar mucho más animado y más diverso que la propia capital nazarí. Tenía idealizados en el recuerdo la avenida de la estación, Agustín Bálamo, la banda del río, la plaza de abastos y sus alrededores, la Acera de la Marina. Alegría, brillo, animación, abundancia, hasta desenfreno.

Es el mismo ambiente de pescadores y tabernas que describe Alfonso Grosso en su “A poniente desde el Estrecho”, al refugio del coñac barato, las calles por las que Carrillo Fowler buscaba sexo urgente y alucinógenos en la noche del carnaval. Son las mismas calles, alrededores del mercado Inge-

niero Torroja (ahora las sabemos asentadas sobre brazos de mar, estuarios, arenales), que ya retratará Luis de Armiñán en su “Calle Real y el callejón del Muro”, de 1946, aquel ambiente trasnochador que sirvió a don Antonio Sánchez para ejercitarse en el toque de la guitarra flamenca, las mismas tabernas deslucidas de vino avinagrado que, en 1962, visitara Juan Marsé durante su “Viaje al sur”. A la trasera de la Marina, calle Comandante Gómez Ortega, la luz de un bar permaneció encendida mucho tiempo después de que se apagaran las de la fiesta. Una luz débil pero constante. Y en su busca bajó las cuevas Natalia Leiva.

Su aventura se emparenta con la investigación del ambiente prostibulario de San Francisco que emprendiera William T. Vollmann para escribir su “Para Gloria”, antes que “Los pobres”. Pero en esta aventura nocturna Natalia Leiva viaja acompañada también por sus antecedentes, de los que no reniega: Brasäi, el fotógrafo de la noche de París, el amigo de Henry Miller que plasmara los mismos



ambientes de su célebre “Trópico de Cáncer”; Bernard Plossut, que desentraña el alma castiza y nómada a lo largo de sus viajes; la fotografía callejera y alucinada que acumulara Vivian Maier en Nueva York o el acercamiento a los grupos marginales del sueco Anders Petersen (su “Café Lehmitz” de Hamburgo, perlado de desenfreno decadente, prostitución y homosexualismo prohibido).

Fueron cuatrocientas noches a lo largo de cinco años. En ese tiempo la fotógrafa se ganó la confianza de la titular del bar sin nombre, la Rocío, y ganó confianza en su máquina de fotografiar, una Canon 6D. Poco a poco los habituales y los transeúntes, la gente que busca sucedáneos del amor y la gente que finge ofrecerlo puro, se acostumbraron a su presencia, le ofrecieron su conversación y sus gestos, posaron para ella. Cualquiera, al ver las imágenes, pensará que aquel era un ambiente peligroso, pero ella se sintió a salvo de las amenazas por una especie de salvoconducto que le conferían el amparo de la propietaria y el escudo de su má-

quina. Natalia Leiva dice que siempre ha querido que sus personajes aparezcan en las fotografías con dignidad. Y lo ha conseguido. Lejos del tremendismo o del drama, muchas veces con toques de humor, de tristeza pero también de diversión, las imágenes se bañan de un magnetismo seco que vierte el respeto de su mirada. Y consigue casi siempre que la verdad florezca, la hermosura. Las escenas muestran la calle tal y como es, las alcobas y las escaleras de las pensiones aledañas donde se ejecutan los tratos, los descampados y las aceras donde el sexo más barato y más urgente se materializa.

Hay tipos, posturas, miradas, menesterosos que nos resultan conocidos, ya los hemos visto en Velázquez o en “el Españolito” hace cuatro siglos. El tiempo nocturno se ralentiza en los azulejos verdes del bar, que simulan remotamente el mármol de las Naciones Unidas, y hay algo de Torre de Babel aquí, todas las nacionalidades son bienvenidas, ningún traductor hace falta porque las miradas son

transparentes, los gestos verdaderos. Toxicómanos, prostitutas, rufanes, esquizofrénicos, solitarios, chaperos, travestis, pedigüeños, de frente o de costado nadie engaña a la cámara.

También nos acordamos de las guías secretas de Barcelona o el Ensanche, de Colita, aquellas fotos grises con la vitalidad que las desbordaba; el mismo ambiente nocturno y prohibido del Raval reflejado en la “Ciudad del hombre”, del Fonollosa. Antes estuvo Helios Gómez, el gitano libertario de Triana, que mezclaba en su propuesta el proletariado, el libertarismo y la exaltación de su raza gitana. A Natalia Leiva le atraen los contextos que la sociología imperante llamaría marginados, pero en sus imágenes nunca hay marginación porque todos los personajes ocupan el centro de su propio mundo. En “Polvo eres” quiso acercarse a las diversas culturas religiosas –se sonríe si le decimos que tiene ideas de antropóloga– pero, sobre la marcha y la pandemia, el proyecto se concentró en el modo en que nos comunicamos con los difuntos, los veneramos y los cuidamos. Se dio cuenta de que ese es un ámbito del que las mujeres se han apropiado –o se les ha atribuido– y así aparecen: dueñas de sus santuarios, médiums y limpiadoras, viudas y huérfanas o huérfanas de sus hijos, que es la mayor tristeza que puede haber en el escalafón de las tragedias. Y así llegó, entre otros, al cementerio hebreo de Tetuán, continuamente buscando que la realidad confirme sus intuiciones.

Siempre las miradas limpias –cuántas imágenes habrá descartado para llegar a estas selecciones– como en su siguiente proyecto en marcha: “El Salata”. Recorre el barrio del Saladillo en el que transcurrió su infancia, calle Federico García Lorca, y de nuevo la confianza merecida permite que los personajes se muestren apuestos en su descuido. Acaricia caballos, corderos, cabras, recorre los soportales, las aceras sin mantenimiento, los portones alicatados, las viviendas bajas y los pisos. Yo también he recorrido esas calles: tuve la suerte de tener una infancia de lazarillo sin picardías, acompañar de la mano a una ciega que veía las intenciones en todas las zonas de Algeciras. Estos barrios donde la gente humilde se arracima están siempre esperando la llegada de mesías o autori-





dades pero es más probable la visita de la policía o de un periodista camuflado, como aquel Ignacio Cabral que, disfrazado de mendigo, recorrió para la revista “Estampa” en 1930 los arrabales más turbios de Madrid.

Leiva insiste en que su propósito es enseñar la dignidad de sus gentes, los beneficios de la mezcla y la interculturalidad, la diversidad y la alegría con que se puede vivir esa falta patente de recursos económicos o educativos. Y añade que, además de su capacidad para escuchar, su instrumento es el humor. Intenta que el humor florezca en todas esas realidades –aunque muchas veces la soledad se extienda sobre ellas como una mancha de grasa en el mantel de papel de un cumpleaños barato–. Y por ahí, seguramente, transcurrirán sus próximos proyectos. Porque ya tiene ideas que la llevarán a otros contextos, a la ironía y la exaltación del ridículo *keitsch* –que de todo consume el alma humana–.

Cuando se despide de nosotros en el paseo de la playa nos queda la sensación de que lleva colgado de la muñeca, atado con una soga muy modesta, el tesoro de su mirada. Pero ni ella misma sabe cuánto llegará a valer.



